

ASOCIACION DE LA PRENSA

Propaganda gratuita de  
buenas lecturas para  
el pueblo.

GUERRA

À LA

BLASFEMIA

XI

NOVIEMBRE — 1892



Guillermo Herrero y Compañía, Libreros-Editores. —Méjico.

4627

5

CIÓ

323

BV4627

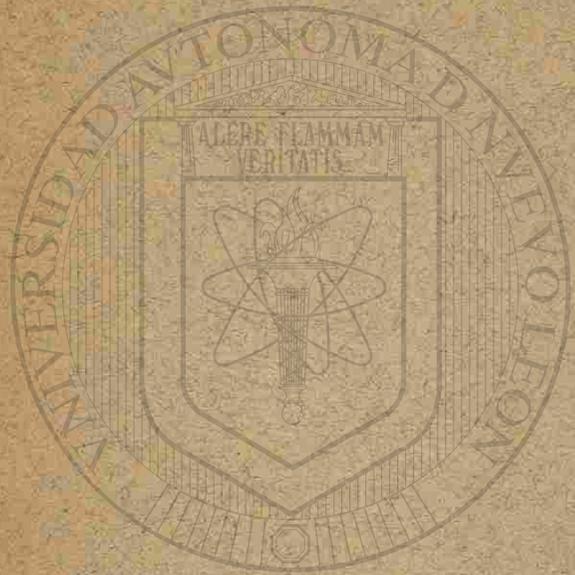
.B.6

68

004323



1080015342



EL APOSTOLADO DE LA PRENSA

XI

NOVIEMBRE 1892

GUERRA

Á LA

BLASFEMIA



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez  
MADRID

IMP. DE LA SOC. EDIT. DE SAN FRANCISCO DE SALES  
Pasaje de la Alhambra, núm. 1.—Teléf. 4.181

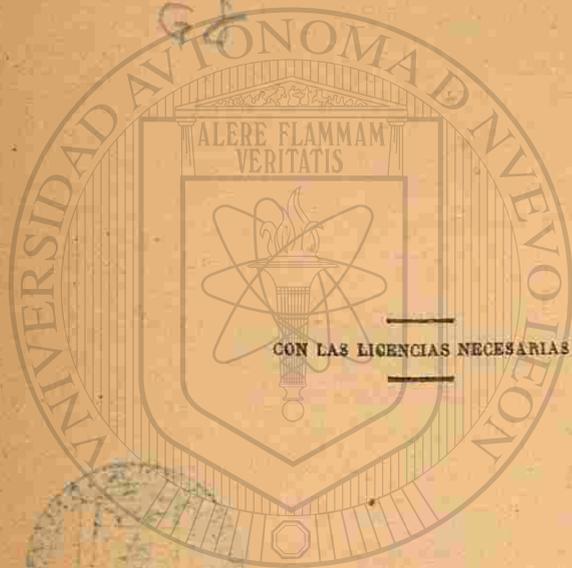
1892

FONDS EMERITUS  
41543

BV4627

B6

G4



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



I

De cómo un marqués muy católico increpa públicamente á un carretero muy blasfemo, porque éste echaba por la boca sapos y culebras.

**J**esús, Jesús, y qué lenguaje! ¡Alabado sea el santísimo nombre de Dios! Vamos, ya no puedo más... Voy á ver si consigo que ese desdichado carretero que está ahí en medio de la calle escandalizando y horrorizando al pueblo cristiano con un lenguaje infernal, y escupiendo espantosas blasfemias en contra del cielo, cierre esa boca, que parece una boca de Satanás.

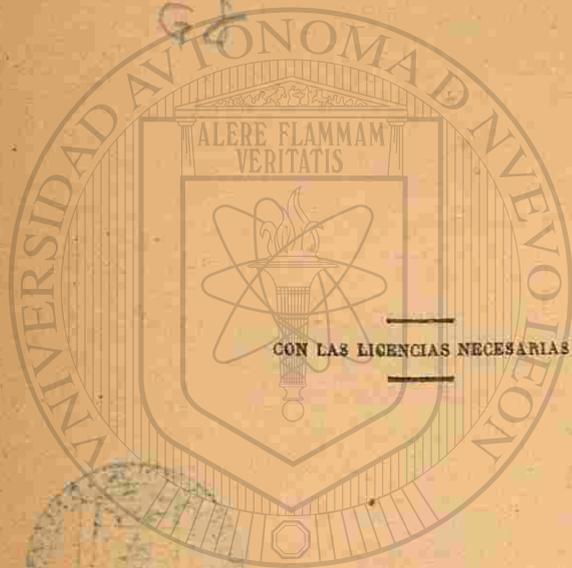
— Calle Ud. hombre, por Dios; selle esos labios, que no parecen de cristiano, y no vomite más contra lo más sagrado que hay en el cielo y en la tierra esas horrorosas, sucias y bárbaras blasfemias, que parecerían horribles en la boca de un demonio. Por Dios, no pronuncie más esas palabras, que sólo el infierno

224323

BV4627

B6

G4



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



I

De cómo un marqués muy católico increpa públicamente á un carretero muy blasfemo, porque éste echaba por la boca sapos y culebras.

**J**esús, Jesús, y qué lenguaje! ¡Alabado sea el santísimo nombre de Dios! Vamos, ya no puedo más... Voy á ver si consigo que ese desdichado carretero que está ahí en medio de la calle escandalizando y horrorizando al pueblo cristiano con un lenguaje infernal, y escupiendo espantosas blasfemias en contra del cielo, cierre esa boca, que parece una boca de Satanás.

— Calle Ud. hombre, por Dios; selle esos labios, que no parecen de cristiano, y no vomite más contra lo más sagrado que hay en el cielo y en la tierra esas horrorosas, sucias y bárbaras blasfemias, que parecerían horribles en la boca de un demonio. Por Dios, no pronuncie más esas palabras, que sólo el infierno

224323

ha podido inventar y enseñar á los hombres para convertir la tierra en espantosa imagen del abismo. ¡Válgame Dios, y qué lenguaje!...

»Vamos, si parece que el infierno se ha trasladado á la tierra, y que esta lengua que Dios nos ha dado para que le alabemos no sirve á muchos más que para escupir veneno contra Dios, para horrorizar á los cristianos y escandalizar á los pequeñuelos. ¿Qué mal le ha hecho á Ud. el Señor para que así lo trate? ¿Saben ustedes lo que se dicen cuando así, con sacrilega boca, echan á rodar por el cieno el santo nombre de Dios, la Hostia sacrosanta, á la Virgen Santísima, nuestra Madre... Calle por piedad, y no hiera más los oídos y el corazón de los que queremos ser hijos de María. ¡Perdónalo, Dios mío, que no sabe lo que dice!...»

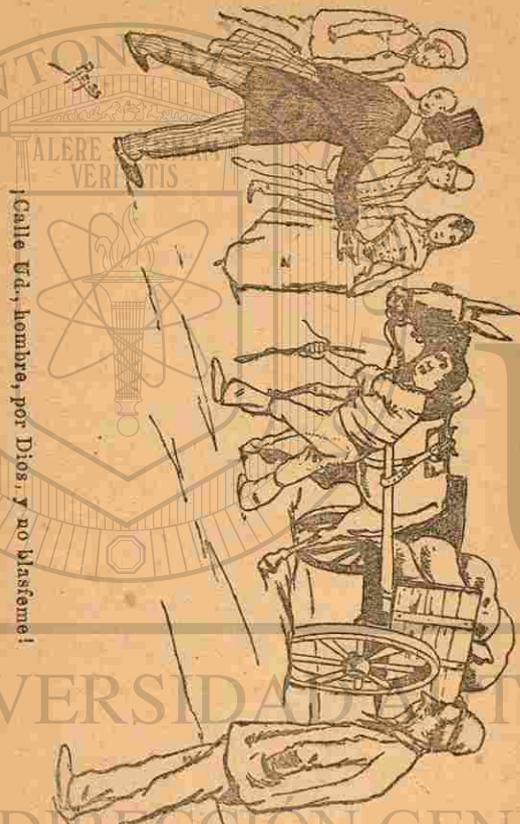
Así reprendía con verdadero valor cristiano y á voz en grito, en medio de una calle de Madrid, un socio de las Conferencias de San Vicente de Paúl á un infeliz carretero que, porque se le habían atascado las mulas en un profundo bache, echaba por aquella boca, que parecía á veces la de un lugar inmundo, y á veces un respiradero del abismo, tales barbaridades, sapos y culebras, en tal cantidad y de tales dimensiones, que empezó á arremolinarse la gente en

contra suya, y eso que tan acostumbrado está nuestro pueblo á oír ese lenguaje desvergonzado y sucio, que es una de las mayores afrentas y escándalos públicos de esta España que se llama católica.

— Oiga Ud., señorito; métase Ud. en lo que le importe, y no se cuide de lo que no le va ni le viene: cuando yo insulte á Ud., entonces me podrá Ud. venir con monsergas y con sermones de Semana Santa. ¿Qué tiene Ud. que ver con que yo diga lo que me dé la gana y se me venga á la boca? ¿Me meto yo con Ud. ni con *naide*? Malhaya...

«— No se mete Ud. conmigo, hombre infeliz, ni me afrenta Ud. á mí, que no se atrevería á hacerlo; pero se mete Ud. con mi Padre, que es Dios, y también Padre de Ud., aunque Ud. parece ignorarlo. Insulta Ud. su honra, que es la mía, y vale infinitamente más que la mía, y con esas palabras, que son tan horribles que usted mismo ignora toda su gravedad, está Ud. provocando la ira de Dios, que ya no le ha enviado á Ud. un rayo que lo mate porque Dios es muy bueno y sabe que Ud., como tantos otros como usted, pecan más de ignorantes que de perversos. Está Ud. insultando públicamente la honra de la Santísima Virgen, que es mi Madre, y yo

no quiero, no puedo, no debo consentir que nadie ponga su lengua en la pureza inmaculada de



¡Calle Ud., hombre, por Dios, y no blasfeme!

mi Madre. ¿Lo consentiría Ud.? ¿Qué haría usted con el que públicamente arrojase cieno inmundo en contra de la honra de su madre de usted.

En fin, sea lo que sea, se lo pido á Ud. por lo que más ame en el mundo... por sus padres... por su mujer de Ud. y por sus hijos, que no querría Ud. maldijesen el nombre de su padre como Ud. maldice el de Dios...; se lo pido á usted, si es menester, de rodillas; no hable Ud. así por compasión. Insúlteme Ud. á mí, haga Ud. de mí lo que quiera, máteme Ud. si le hace falta para calmar la ira que le ciega...; pero, vamos, sea Ud. hombre honrado, decente y cristiano; respete Ud. el Santo nombre de Dios, del Dios que lo crió, que lo redimió con su sangre y que un día lo ha de juzgar... No ultraje Ud. la honra de la Virgen Santísima, que, por ser ella Madre de Dios, y Señora y Madre nuestra, no merece ser ni español, ni cristiano, ni caballero, el que en ella pone su lengua, si no es para bendecirla y alabarla...»

Dijo el fervoroso católico estas últimas palabras con un tono tan varonilmente patético, con tal unción y ternura, que se ganó por completo los corazones de cuantos se agruparon para presenciar la escena. Mujeres hubo que empezaron á llorar, y otras, y eran las más, que, hechas unas furias, hubieran arañado al blasfemo carretero, y le hubieran sacado los ojos, si éste, que en el fondo no era malo,

pero sí muy bruto y más ignorante; si el carretero, digo, no se hubiera avergonzado, callado y casi casi enternecido también con las palabras del socio de San Vicente.

—Dispense Ud., caballero,—dijo al cabo de un rato tartamudeando de vergüenza, y sin saber por dónde tirar ni cómo salir del atolladero en que su mala lengua lo había metido.—Dispense Ud.; veo que tiene usted razón: soy un bárbaro que no sé lo que me digo. Tengo esta mala costumbre... ¡Pero ya ve Ud. cuando estas malditas mulas se atascan, no hay quien las haga arrancar... y lo que pasa: se ciega uno de coraje, la sangre se le sube á la cabeza... y, ya no se sabe lo que se habla.

—Pero, hombre de Dios, y porque jure usted y blasfeme, y arroje al rostro mismo del Señor frases inmundas que á ningún hombre se atrevería Ud. á decir, ¿cree Ud. que va á hacer que los animales salgan de ese bache? ¿es eso discurrir? ¿se figura Ud. que las mulas entienden ese lenguaje, y van así á arrancar más fácilmente? No, hombre, no; no sea Ud. irracional... las mulas entienden y andan de esta manera.

Y diciendo y haciendo, arremetió con la rueda que tenía más cerca de sí; y como era de fuerzas hercúleas, y como al ver en aquella

faena á un elegante caballero, otros hombres del pueblo y el mismo carretero hicieron lo propio, en un periquete sacaron las ruedas del profundo bache, en el que por gracia de nuestros bienaventurados Ayuntamientos se habían sumergido hasta el cubo, y en un abrir y cerrar de ojos quedaron el carro, el caballo y el caballero en disposición de seguir tranquilamente su camino.

—Muchas gracias, señorito; muchas gracias, y veo que tiene Ud. un corazón noble y un alma generosa. Yo le prometo á Ud., y si le parece poco le juro, que no olvidaré jamás la acción de Ud. para conmigo esta mañana. Si todos los que gastan levita fueran así, otro gallo nos cantara; y si Ud. no lo lleva á mal, otro gallo le cantara también á la gente de levita. En fin, que nunca le podré olvidar á Ud.

—Eso es poco,—le replicó el caballero, llevándose al pobre hombre á una acera, y hablándole en voz baja.—Veo que Ud. tiene un buen fondo, y de lo que Ud. se resiente es de falta de educación moral y civil, y sobre todo de falta de educación religiosa. ¿Quiere Ud. que seamos amigos?

—¿Yo amigo de Ud.? Yo un pobre... y Ud....

—Vamos, vamos, déjese Ud. de cuentos;

todos somos hermanos, hijos del mismo Padre, que es Dios...; hijos de la misma Madre, que es la Virgen. Ahora va usted deprisa. Tome usted esa tarjeta. Cuando tenga Ud. un rato de vagar, le espero en mi casa. Y eso para el camino.

Y le dió unos riquísimos habanos, cuales jamás los había visto el pobre menestral más que al pasar por los escaparates de la Compañía Tabacalera.

La tarjeta decía:



## II

Hácese amigos el carretero y el marqués, y lo demás que verá el que leyere.

**A**BISMADO quedó el pobre Andrés, que así se llamaba el carretero, en un mar de confusiones, cuando, al leer la tarjeta, se encontró con que aquel elegante caballero que

le había ayudado á salir del aprieto en que se encontraba por habérsele atascado el pesado carromato, era todo un marqués... Nada menos que un señor marqués... ¡Y lo había llamado su amigo!... ¡Y hasta le había estrechado la mano sin miedo á ensuciarse!... Y luego, ni lo saludaban siquiera á él, el pobre carretero, D. Fulano y D. Zutano, y eso que hablaban mucho de *igualdad*, nada más que porque ellos gastaban chistera y tenían cuatro cuartos apañados, no se sabe cómo, y él era un triste carretero... Y en cambio aquel señor marqués, tan bondadoso y tan humilde, le había dicho que lo esperaba en su casa...

Jamás había soñado Andrés que hubiera marqueses de esa catadura. Le habían dicho siempre, y leía él todos los días en *sus papeles*, que todos los que gastan levita son unos tales y unos cuáles, y, ¡claro!, jamás había imaginado encontrarse, no ya con burgueses, sino con linajudos caballeros que llamasen amigos y hermanos á los que no tenían como él ni la camisa ni las manos limpias, ni siquiera donde caerse muertos.

— «Me ha reñido, y casi casi me ha avergonzado delante de la gente,—decía para sí,—pero la verdad es que tenía razón, porque cuando se

me hinchan las narices, cosa que me ocurre á cada rato, la ira me hace muy mal hablado y muy salvaje. Pero es lo que él decía. Cuando uno cree en Dios y ama á Dios como á su padre, es menester que defienda la honra de Dios como propia. Y lo cierto es que, si alguien dijese de mi padre ó contra mi padre lo que decía yo contra Dios cuando el señor marqués me reprendió, yo... le rompería el alma. ¿Que diría yo de mis hijos si no me defendieran? Serían unos infames que merecerían la maldición de su padre...»

Con estas y otras consideraciones análogas seguía, adelante el carretero Andrés su camino, sin tropiezo alguno digno de contarse. Sólo que, cuando para arrear las vetustas y desengañadas mulas veníasele á la boca alguna palabrota de las consabidas, en vez de echar rayos y centellas y pegarla contra Dios, el carretero, hombre de bien en el fondo pero muy bruto y sin mas cepillo que el de la cuadra, la taberna y el club, se desahogaba con el demonio, se ensuciaba en el alcalde porque no cuidaba mejor la calle y había baches como abismos sin fondo; en el Gobierno, porque era un tal y cuál que robaba á los *probes* para darse él buena vida, en cualquier cosa; pero al ir á pronunciar

el santo nombre de Dios, parecía que la sombra del marqués se le ponía delante, dulce y amenazadora á la par. Era que las palabras del aristócrata cristiano se le habían quedado clavadas á Andrés en el corazón; que, aunque endurecido por el pecado y el embrutecimiento, aquel pobre hombre tenía corazón.

Pero aquí de los apuros de Andrés, el del carromato. ¿Qué había de hacer? ¿Iría á visitar á su *amigo* el señor marqués de la Caridad? ¿Él?... Y ¿cómo se hablaba con aquel señor?... ¿Y le dejarían entrar los criados sin soltarle el perro? ¿Y oliendo á cuadra? Vamos, le daba una fatiga que, aunque nada corto de genio, ponfalo en horribles apreturas.

Por otra parte, el marqués era tan bueno... y él le había dado palabra de ir. Y luego, lo que decía Andrés. Dios sabe lo que saldrá de esta visita, porque con tales señores conviene siempre estar bien por lo que pueda tronar, y por aquello de que al que á buen árbol se arrima...

En fin, que el carretero, después de un esfuerzo supremo, se decidió por último á hacer la terrible visita, y el domingo inmediato, que era día de huelga, haciendo que su mujer le sacase del fondo del baúl los trapitos de cristianar, bien afeitado y limpio como un oro, An-

drés el carretero se presentó con su tarjeta en la mano en la hermosa casa del señor marqués de la Caridad.

## III

Primera perorata del marqués de la Caridad en contra de la blasfemia. El pobre carretero no sabe dónde meterse.

**E**RA el marqués de la Caridad uno de esos hidalgos de añeja y ya casi perdida cepa, que, nobles por la cuna, lo son más aún por el alma. Distinguido en medio de su sencillez, humilde en el esplendor de las grandezas, verdadero pobre de espíritu nadando en la opulencia, cuando estaba rodeado de los pobres, cosa que le pasaba todos los días, era el padre de los pobres; y cuando, por deberes que absolutamente no podía excusar, alternaba con los poderosos y cortesanos, los grandes de España eran muy chicos á su lado. ¿Por qué? Porque á él no lo engrandecían, como á los más, sólo los pergaminos; tenía la grandeza del corazón y de la virtud, y la más rara grandeza de despreciar cuanto no fuese grandeza de virtud y de corazón.

Un día, un pariente suyo, marqués como él, le dijo:

—Chico, veinte mil duros me gasté en e baile que di el viernes en honor de la condesa del Cuello Tieso.

—«Hubiéraslos dado á los pobres, y hubieras saboreado la felicidad única que trae consigo el dinero: la de hacer felices á los desgraciados. Los derrochas en bailes, y sobre no crear más que envidiosos, das motivos sobradísimos á Dios para que no te dé más un dinero que tan mal empleas, y pretexto al socialismo para que te quite lo poco que te queda.»

En fin: que no había quien lo apease de la idea de que los ricos no son más que administradores de Dios en bien de los desgraciados, y que el que se cree absoluto propietario y se figure que pueda echar á los perros del lujo, del juego y de los vicios los millones, lo menos que merece es que Dios le quite la administración, y lo eche á él á pedir limosna, primeramente á la negra casa de la usura, y luego talvez á mitad del arroyo.

Con estas y otras teorías que defendía y practicaba el marqués, y por lo que sus parientes le llamaban extravagante, raro y hasta ridículo, había llegado el cristiano aristócrata á ser el padre de los pobres y el alma de todas las obras de caridad. Y le nacía este deseo de hacer

drés el carretero se presentó con su tarjeta en la mano en la hermosa casa del señor marqués de la Caridad.

## III

Primera perorata del marqués de la Caridad en contra de la blasfemia. El pobre carretero no sabe dónde meterse.

**E**RA el marqués de la Caridad uno de esos hidalgos de añeja y ya casi perdida cepa, que, nobles por la cuna, lo son más aún por el alma. Distinguido en medio de su sencillez, humilde en el esplendor de las grandezas, verdadero pobre de espíritu nadando en la opulencia, cuando estaba rodeado de los pobres, cosa que le pasaba todos los días, era el padre de los pobres; y cuando, por deberes que absolutamente no podía excusar, alternaba con los poderosos y cortesanos, los grandes de España eran muy chicos á su lado. ¿Por qué? Porque á él no lo engrandecían, como á los más, sólo los pergaminos; tenía la grandeza del corazón y de la virtud, y la más rara grandeza de despreciar cuanto no fuese grandeza de virtud y de corazón.

Un día, un pariente suyo, marqués como él, le dijo:

—Chico, veinte mil duros me gasté en e baile que di el viernes en honor de la condesa del Cuello Tieso.

—«Hubiéraslos dado á los pobres, y hubieras saboreado la felicidad única que trae consigo el dinero: la de hacer felices á los desgraciados. Los derrochas en bailes, y sobre no crear más que envidiosos, das motivos sobradísimos á Dios para que no te dé más un dinero que tan mal empleas, y pretexto al socialismo para que te quite lo poco que te queda.»

En fin: que no había quien lo apease de la idea de que los ricos no son más que administradores de Dios en bien de los desgraciados, y que el que se cree absoluto propietario y se figure que pueda echar á los perros del lujo, del juego y de los vicios los millones, lo menos que merece es que Dios le quite la administración, y lo eche á él á pedir limosna, primeramente á la negra casa de la usura, y luego talvez á mitad del arroyo.

Con estas y otras teorías que defendía y practicaba el marqués, y por lo que sus parientes le llamaban extravagante, raro y hasta ridículo, había llegado el cristiano aristócrata á ser el padre de los pobres y el alma de todas las obras de caridad. Y le nacía este deseo de hacer

el bien, no sólo de la natural nobleza y generosidad de su alma, sino, sobre todo, de su profunda y viva fe religiosa, y de su amor á Dios y á los hombres por Dios. Y como era, por otra parte, hombre de convicciones y de carácter, católico dentro y fuera de su casa, enemigo de los que encienden una velita á San Miguel y otra al demonio, y generoso despreciador de esos respetos humanos que hacen de muchos católicos unos rastreros cortesanos del «que dirán», no permitía que en su presencia se ultrajase á Dios sin protestar él con varonil entereza, porque decía, y decía muy bien, que «si el soldado que deja pisar en su presencia la bandera de la patria es un traidor, el católico que deja en su presencia afrentar á Dios es un infame».

Necesarias eran estas explicaciones para que entendiese el lector y se explicase la conducta del señor marqués de la Caridad para con Andrés el carretero.

Había dado el ilustre socio de San Vicente orden terminante á sus criados de que cuando viese á buscarlo un hombre del pueblo, con tales y tales señas, y presentase una tarjeta suya, sin detenerlo en el portal lo pasasen á su despacho. No extrañó la orden, porque cosas iguales eran el pan nuestro de cada día en aquella casa,

que más que habitación del Marqués, era palacio de la Caridad. Así lo hicieron, pues, los siervientes apenas presentóse allí el pobre carretero, que estaba no poco turbado, sin saber en



El marqués y el carretero.

qué pararía todo aquel berenjenal en que su mala lengua lo había metido.

Mas fué tan buena la acogida, tan grande el cariño con que el Marqués lo recibió, le estrechó la mano y casi lo abrazó, llamándolo hijo y amigo, que el pobre carretero, confundido y confortado, al poco tiempo se encontraba allí como en su casa. Hizole el Marqués sentar, le pidió perdón, ante todo, por si el día de la triste

*escena* le había dicho alguna palabra que *personalmente* le hubiese herido, y luego le indicó que le había molestado invitándole á venir á su casa, para departir amigablemente un rato sobre cosas que á los dos interesaban. El compendio de aquel diálogo interesante lo queremos trasladar aquí para instrucción y enmienda de los que, siendo ó no siendo carreteros, juran y blasfeman como si lo fuesen. Que hay carreteros de frac y corbata blanca, como hay almas muy sucias en cuerpecitos muy perfumados, y lenguas que *huelen* muy mal en bocas que se procura huelan muy bien á fuerza de costosos enjuagues.

Conoció desde luego el Marqués que se las había con uno de esos obreros numerosísimos en España, que parecen muy malos porque hablan muy mal, pero en los cuales casi lo único malo es el lenguaje soez é impío que han aprendido no saben dónde, y repiten á cada palabra sin saber por qué. Tenía el bueno de Andrés muy buen corazón, unido á un genio de todos los diablos, y ninguna ó poquísimas educación en medio de una honradez natural que para sí quisieran muchos señorones, y ojalá que la quisieran, porque ya sería algo.

El origen de toda su desgracia estaba en que

jamás había habido quien puliese un poquito no más aquel alma que estaba tan en bruto que apenas sabía Andrés que tenía alma. Pero el Marqués vió desde luego que era hombre á quien se podía hablar al *alma*, y se fué desde luego al bulto de esta manera :

— Cuando el otro día, mi querido Andrés, (y permíteme te hable con esta confianza, pues tú me la inspiras y yo deseo merecértela); cuando el otro día te oí repetir frases horribles, que no queman los labios del que las pronuncia porque ya esos labios se han hecho insensibles á fuerza de repetir palabras infernales, decía yo para mí lo que ahora te digo á ti, y en ti á cuantos manchan su alma con el horrible pecado de la blasfemia. ¿Por qué habéis de hablar así? ¿Qué motivos tenéis para ultrajar de continuo á un Dios que no cesa de colmaros de beneficios? ¿Quién si no Dios nos da el aire que respiramos, la luz que alumbra nuestros ojos, el pan que nos llevamos á la boca, la salud, la honra, el bienestar, todo cuanto somos? ¿Qué hay dentro y fuera de nosotros que no lo debemos á Dios, que no sea un don de nuestro Padre, que está en los cielos? Y, sin embargo, tú como muchos que hablan como tú, no eres un ingrato, y mucho menos un malvado. Tienes

corazón, y un pequeñísimo favor que recibas de cualquiera, una prueba de cariño que te den, la agradeces y estimas, y serías capaz de arriesgar tu vida por quien te hiciera un beneficio. ¿Por qué con todos tan agradecido, y sólo con Dios monstruo de ingratitud?

¿Qué dirías de tus hijos si no tuviesen en la vida más ocupación que maldecir y execrar el nombre tuyo, que eres su padre? ¿Qué si te pagasen tu amor, tus afanes, tus sudores por ellos, el haberles dado el ser y la vida, con esa rabia satánica, con esas convulsiones de ira, con esos aullidos de satánico furor con que pagas los beneficios de Dios, contra el cual conviertes cuanto te ha dado, la razón, la palabra, el corazón, puesto que no parece sino que sólo lo reconoces por Dios para afrentarlo é injuriarlo?

¡Oh! Sería increíble si no lo viésemos con nuestros ojos, si no llegasen todos los días á nuestros oídos esas imprecaciones horribles de los que, ¡pobrecitos desgraciados! blasfeman de Dios, que es su Padre; de Jesucristo, su Salvador y Redentor; de la Virgen María, su madre. ¡Madre mía! ¡Qué nos has hecho tú, tan dulce y tan tierna, para que así te ultrajen los hombres! ¡A ti, vida, dulzura y esperanza nuestra! Obra del demonio tiene que ser, pues no parece que quepa

tanta dureza en pechos humanos. Las fieras no hablarían así si tuviesen el don de la palabra. Para blasfemar es preciso ser peor que una fiera: es menester convertirse en un aborto del infierno, en una imagen de Satanás.

«Supongamos, mi querido Andrés, dice un autor, que un náufrago, arrojado por la tempestad á las playas de una desierta isla, viéndose próximo á morir de hambre ó ser devorado por las fieras, se encuentra de repente con un ángel que, asiéndole cariñosamente entre sus hermosos brazos, le consuela y abriga sus ateridos miembros para volverle la vida.

—Ven, amigo mío—le dice;—voy á remontar contigo el vuelo á través del Océano para volverte á tu patria y colocarte de repente junto al hogar donde rezan por ti tu esposa triste y tus afligidos pequeñuelos.

»Y diciendo y haciendo, le eleva blandamente para cruzar con él los mares, despreciando la tempestad.

»Ahora bien: supongamos que, una vez en medio del Océano, cuando se oye allá en los abismos el furioso batallar de las olas que se estrellan contra las rocas y el espantoso rugir de los elementos que batallan unos contra otros, le ocurriese al náufrago volver el rostro y decir

al ángel, su salvador: «Eres nada, y te desprecio; eres un miserable, y te escupo. Aquí donde tú me ves, te reto y te desafío para reírme de tus furiosos y burlarme de tu poder.»

»Dime, amigo, ¿qué juicio formarías de ese hombre? ¿Qué te parecería á ti aquella escena del ángel, sosteniendo al hombre para que no perezca, y el hombre desafiando al ángel en el mismo instante que cruza los abismos?

»¿Le llamarías estúpido?

»No; es poco.

»¿Le llamarías ingrato?

»No: es poco.

»¿Le llamarías loco?

»Sí; tal vez loco y ciego, porque sólo por la locura y la ceguera podría explicarse tan absurdo proceder. Pues ahí tienes pintado, aunque muy débilmente, lo que sucede con el blasfemo.

»El hombre es un náufrago arrojado del paraíso; es un ángel caído que se acuerda de los cielos; es un desdichado á quien sus culpas desterraron de su verdadera patria y del reino de su Padre celestial, al que no puede volver sin salvar inmensos abismos de pasiones tempestuosas, infiernos de justicia, que tiene mil veces merecidos. Dios mismo, con su misericordia y con su gracia, le levanta cien veces,

le anima, le consuela, y últimamente le suspende en los brazos de su clemencia para conducirle al suspirado puerto.

»Y, sin embargo, ese mismo hombre, al atravesar el camino, cuando bastaría á Dios abandonarle simplemente para que pereciera, se atreve á escupir al rostro de su Salvador, insultándole groseramente con las más horribles blasfemias.

»¿Quién puede explicarse tamaña locura?

»Si el que necesita á un médico para que le cure, lejos de ofenderle se apresura á agasjarle; si el que necesita obtener de otro el más pequeño favor cuida mucho de demostrarle su respeto y su gratitud, ¿qué especie de locura inspira al hombre á faltar, respecto de Dios, que es su salud y su vida, á las más sencillas reglas de la prudencia humana?

»Yo casi adivino la razón.

»¡Tiene Dios tanta paciencia! Tal vez se ocupa poco de los hombres, dicen.

»¡Qué ciega ignorancia!

»Si la paciencia de Dios es grande, grande y segura es su justicia.

»El blasfemo impenitente no puede tener buen fin. Huérfana su familia de las bendiciones de Dios, no puede menos de ser, tarde ó

temprano, presa de la más negra desgracia.

»¡Cuántas inesperadas tragedias presencia uno en el mundo que tendrán su secreta explicación en la lengua de un blasfemo!

»¿Que Dios no se cuida de los hombres? ¡Necios! Se cuida de dar vida á los insectos más despreciables; se cuida de nutrir las esponjitas en medio de los mares, ¿y no había de cuidarse del único ser que crió para que le conociese y le amase, del único ser á quien quiso dar el dulce nombre de hijo?

»¡Desdichados blasfemos, que secan con sus lenguas el rico venero del amor de Dios! No saben lo que se hacen. ¡Oh! Si lo supieran, meterían, llevados de su arrepentimiento, la lengua en el fuego, como metió Mucio Scévola la mano para castigar su torpeza.»

Preciosa imagen, amigo Andrés, de la bondad infinita de Dios y de la infinita malicia é ingratitude del hombre.

Por otro lado, tú no sufrirías que ningún insolente amenazase á tu madre, á tu esposa, á los hijos de tu alma con una mirada siquiera, sin que te airases al punto y le hicieses pagar caro al ofensor su atrevimiento. Así te portas, y por eso te llaman honrado y buen padre.

Pues... ¿es posible que sólo Dios, el más leal

de los amigos, el más cariñoso de los padres, no te merezca iguales atenciones? Un ultraje á un pordiosero de la calle no se lo harías tú, ni consentirías se le hiciese, ¡y tú lo estás haciendo á todas horas contra la divina Majestad! Dime, ¿qué razón puede abonar, ó siquiera excusar, esta tu conducta? Con todos te precias de bien educado: con sólo Dios de grosero; con todos de justo: con sólo Dios de mal pagador; con todos de agradecido: con sólo Dios de ingrato. A quien te hiciera lo que Él hace á todas horas por ti, ¡cómo le servirías y honrarías! Nada te parecería bastante para mostrarle tu afecto y rendida voluntad. Á quien te tratase como tú le tratas á Él, ¿qué venganza te parecería proporcionada á tal injuria? ¿Qué castigo proporcionado á tal maldad?»

Oía Andrés la perorata del aristocrático misionero aturdido y confuso. No sabía si llorar, si excusarse, si defenderse ó si ponerse de rodillas y pedir á gritos perdón. Pálido al principio al oír cosas en que jamás había reparado, enternecido después porque las ardientes palabras del caballero herían fibras delicadas del alma, furtivamente primero, y luego á las claras, empezaron á surcar ardientes lagrimones aquellas tostadas mejillas que hacía ya muchos

años que no sentían el riego benéfico del llanto que ablanda, purifica y fecunda.

— Tiene Ud. razón, señor Marqués, — dijo al cabo de un buen rato que estuvo luchando con los sollozos; — tiene Ud. mil veces razón; soy un Judas infame, digo mal, soy más infame que Judas y no merezco ni lástima ni perdón. Si mis hijos me maldijeran y execraran, como yo lo he hecho con Dios..., yo no los perdonaría... ¿Cómo ha de haber perdón para mí? No, no lo hay, no lo debe haber...

— El que tú no perdonases probaría que tú eres hombre, y el que Dios ansíe perdonarte prueba que él es Dios, es decir, que es el Padre de la misericordia. Perdonó á San Pedro, que renegó de él; hubiera perdonado á Judas si Judas le hubiera pedido perdón; ¿y no te ha de perdonar á ti? Un pecado no más hay peor que la blasfemia, porque es el pecado único que no tiene remedio... la desesperación.

No, amigo mío; á Dios, que le gustan tanto los arrepentidos, que hizo piedra fundamental de su Iglesia de un perjurio que lloró, y Apóstol de las gentes de un blasfemo que se convirtió, no le pueden agradar los pecadores que desconfían de su misericordia. Dios, antes que nada, es Padre, y el padre siempre perdona al hijo

que llora y se arrepiente. Ánimo, y no volver á pecar.

Con estas y otras consideraciones, y sobre todo con muchísimo amor y cariño, despidió el bueno del marqués al infeliz carretero, dándole como recuerdo de aquella primera visita algunos libritos muy apropósito para alumbrar su obscuro entendimiento y preparar la voluntad, ya blanda, á abrazarse por completo con el bien. Añadió á los consejos unos cigarrós de los de *corbata republicana* y un buen cartucho de dulces, diciéndole:

— Y eso para los chicos.

Andrés se hizo un merengue á vista de tanta bondad, y se despidió del Marqués hasta muy pronto, diciendo para sí:

— ¡Caramba! Si todos los marqueses fueran como éste, al primero que me hablase contra ellos en el club le rompía yo la cara. Pero, ¡ca!, no deben de ser todos así...

Y Andrés el carretero tenía razón.

## IV

Excúsase el carretero como puede diciendo, entre otras cosas, que blasfema, pero que lo hace por costumbre.

**U**n siglo se le hizo al bueno del carretero la semana que transcurrió sin ver al Marqués. Había quedado tan agradecido á su generosidad, y tan enamorado de quien tan bueno era para con él, que ansiaba el que llegase el día en que por segunda vez había de tener la fortuna de visitarle. Entretanto, aprovechaba todos los ratos que sus obligaciones le dejaban libres para leer é instruirse en los libritos de propaganda que el caballero le había dado; y como en medio de sus blasfemias, nacidas más de barbarie que de malicia, aquel hombre estaba sano, la semilla del bien caía en excelente tierra, y la luz de la verdad alumbraba sin obstáculos aquella inteligencia que no tenía más nubes que las de la ignorancia.

Puntual como un reloj, el domingo inmediato, á la hora convenida, estaba Andrés en la casa de la calle de la Beneficencia. Las puertas todas se le abrieron de par en par, y á los pocos instantes estaban departiendo cariñosamente

aquellos dos *amigos*, que bien los podemos llamar así, ya que el bueno del Marqués, si tenía por parientes y conocidos á la mayor parte de los individuos de la grandeza, no tenía más amigos que los pobrecitos y pequeñuelos. Él los llamaba amigos, pero ellos lo llamaban padre.

—Bien venido, mi querido Andrés; te esperaba, y no para encajarte un sermón como el del otro día, que seguramente no te hará falta, sino para conversar contigo, ya que tan provechosas dices que te son mis palabras.

—Mire Ud., señor marqués: no me trate usted con tanta *parsimonia*, ni me crea Ud. un santo tan de repente, que todavía soy malo, pero muy malo. A pesar de todo lo que he leído y todo lo que Ud. me ha predicado, todavía conozco que me bullen los demonios en el cuerpo, y apenas me sucede algo que no me gusta, ¡vamos! me vienen á la boca mil barbaridades y herejías... Pero es lo que yo me digo: yo no creo que peço tan gravemente en eso... Si no es más que una mala costumbre.

—Mala, pero malísima é infernal costumbre por cierto. Pero, vamos: ¿crees tú que el hacerlo por costumbre aminore tu culpa? Figúrate que va á los tribunales un ladrón de oficio ó un asesino de profesión, y dice: «Señor juez, no me

condene Ud.: ¡si lo hago por costumbre! Estoy robando y matando hace muchos años, pero ¡ya ve Ud!, fuera de esa mala costumbre, que no depende ya de mí..., soy un hombre de bien.» ¿Qué harías tú con quien así te hablara? ¿Lo ahorcarías, ó le darías una gran cruz?

—Pues yo mandarlo al palo, y cuanto antes, para que perdiera allí su mala costumbre. ¡Pues no faltaría más! Y en caso de darle una gran cruz, sería para que lo colgasen de ella por criminal y perverso.

—Harías muy bien. La costumbre en todo crimen es una circunstancia agravante que revela una naturaleza pervertida y un corazón avezado al mal. Bien que la blasfemia es horrendo pecado, es espectorar veneno y arrojarlo contra el cielo; pero cuando se hace por costumbre, es el sumo de lo irracional y de lo malvado. ¡Blasfemo por costumbre! Pues por *costumbre* es el blasfemo un demonio en carne humana, y por *costumbre* se condenará, ya que por *costumbre* es un condenado que anda por la tierra. ¡Pues bonita excusa, cuando esa perversa costumbre de muchos es la que mancha é inficiona la atmósfera que respiramos, cuando ese lenguaje inundo, soez y grosero ensucia más las calles que la misma basura que se reco-

ge por orden de la autoridad, y al blasfemo nadie lo recoge!

¡Bonita excusa la de su costumbre cuando el blasfemo es el que enseña á blasfemar á los niños que le oyen, y hace de las lenguas de esos angelitos, que no debían de saber más que rezar y alabar á Dios, lenguas de ángeles caídos del cielo de la inocencia, que pierden aun antes de poder conocerla! ¿No sabes que el Evangelio maldice al que escandaliza y roba el candor á los pequeñuelos, que son como los ángeles de Dios?

—Conozco, señor Marqués, que le sobra á usted la razón como siempre; que he sido y soy un criminal, y daría un ojo de la cara por arrancarme ese mal hábito. ¿Yo ser la causa de que mis hijos, los hijos de mi alma, hablen como yo?... ¿Yo hacerlos unos criminales?... ¿Yo contribuir á su eterna perdición?... ¿Pero quién me ha de quitar esta mala costumbre?

—Pues tú mismo (con la gracia de Dios) te la has de quitar. Y si no te la quitas, es porque no quieres de veras. Tú la adquiriste queriendo; tú la perderás si quieres. Mira: si cada blasfemia te costase un dolor de muelas ó de tripas, de fijo no blasfemarías la segunda vez después de tal resultado. Si un juez de la tierra te amenazase

con una pena, ó te hiciese pagar un duro sin remisión á cada taco que echases por esa boca, fuera la tuya como la del mejor cristiano. Empieza, pues, á temer el pecado como temes los males del cuerpo. Empieza á temer al Juez divino como temes á la justicia terrenal. Ya verás cómo conoces lo malo que haces cada vez que blasfemas, y el daño que acarreas, y el castigo á que expones por ello á tu pobre alma, que un día ¡no lejano! se ha de presentar á riguroso juicio.

Óyeme un caso verdadero, que tal vez te acabe de convencer.

También creía no poder desacostumbrarse del vicio de blasfemar y soltar juramentos un viejo militar, lleno de años y cicatrices, á quien servía en su enfermedad postrera una de esas Hermanas de la Caridad que van, como sabes, á cuidar enfermos á domicilio. Teníale ganado con sus excelentes servicios el corazón la buena Hermana, y hábale reducido á las prácticas de piedad, que el bravo soldado había olvidado un tantico, ocupado en sus campañas. Pero en cuanto á quitarse el vicio de blasfemar, no podía el pobre vencer (así decía él) su arraigada costumbre. A cada desapiadado tirón que le daban los nervios, soltaba el viejo mil sapos y

culebras de campamento, que á la pobre religiosa la dejaban horrorizada. La caridad ingeniosa sugirióle á la Hermana un modo de corregirle, y fué el que vas á oír.

—General,—le dijo,—me estáis agradecido, y lo conozco, y mil veces me lo habéis dicho. Voy, pues, á pedir os un favor.

—Decid, Hermana, decid; así pudiese corresponder con algo á vuestras bondades. ¿Cuál es la petición?

—Una friolera, General: no soltaréis jamás una blasfemia, por vivos que sean los dolores que os atormenten.

—Imposible, Hermana, imposible. Estoy acostumbrado, y no me puedo vencer.

—Es que no he llegado aún á mi petición, General; no hice más que sentar el precedente. Como bravo militar sois hombre de honor, y si me dais palabra de honor la cumpliréis.

—No la daré, Hermana, porque no la puedo cumplir.

—Pero, ¡por Dios!, calma, amigo mío, que no hemos llegado aún á lo bueno. La palabra de honor que daréis será, no de no blasfemar, que eso me decís os fuera imposible cumplirlo, sino de darme inmediatamente una peseta para los pobres á cada blasfemia ó juramento que

soltéis. Que eso lo podréis perfectamente cumplir.

—Convenido, Hermana; no os lo puedo negar; pero no llevaré yo mala penitencia.



—General, — dijo la Hermana, — por cada blasfemia daréis una peseta para los pobres...

Y conforme á la palabra de honor empeñada, llevábale cada noche la Religiosa al buen militar la cuenta de sus blasfemias, que, á razón de cuatro reales una, salíanle al pobre más caras

que todos los gastos de la enfermedad. Quiso entrar en explicaciones. Pero la palabra de honor estaba de por medio, y el honor es para un soldado más que la vida. La inflexible Hermana acudía á cobrar todas las noches sus limosnas, sin descontar ochavo. Pero se observó que cada noche cobraba menos, porque el militar, conforme veía lo caras que le salían, menudeaba menos cada día sus groseras inconveniencias. Así logró deshacerse poco á poco de un vicio que juzgaba él no poder en modo alguno desarraigat. La noche en que por vez primera le llevó la cuenta en blanco, díjole, entre seria y burlona, la buena religiosa:

—General, á peseta cada una os han parecido muy caras las blasfemias, y así habéis trabajado por ahorraros ese gasto del presupuesto. Más cara os presentará la cuenta Dios si volvéis á ellas, porque cada una os costará una eternidad. Conque... dadme ahora la palabra de honor de no blasfemar ya más, que bien veis se puede cumplir si se quiere. Aquí os devuelvo vuestro dinero, que bien lo habéis menester.

—¿Qué te parece la historia, Andrés?

—¿Sabe Ud. que esa monja sabía más que el Gobierno? Si los alcaldes hicieran eso, pronto acabarían con los deslenguados.

—No acaban porque no quieren. Pero Dios los juzgará. Ahora aplícate el caso, pues que tienes la horrible desgracia de ser blasfemo... y ¡por Dios!, ¡por su bendita Madre!, ¡por tu alma!, no blasfemes ya más. Haz un propósito firme de examinar cada día las veces que has caído en tal pecado, y por cada una reza antes de acostarte una oración, ó besa el suelo pidiendo á Dios misericordia.

Ya verás cómo por este sencillo ejercicio se te fija algo la atención en esas porquerías y las vas dejando poco á poco, y llegará un día en que tú mismo te horrorices al pensar lo que fuiste, y los malos ejemplos que con tu boca blasfema dabas á tu mujer, á tus hijos y á la vecindad.

Y sobre todo, querido Andrés, huye, huye como del cólera de los sitios y compañías en que por lo regular se blasfema. ¿Sabes que en la taberna y en el café (que no es sino una taberna con camisa limpia), sabes, digo, que allí se jura y se perjura, y se sazona toda conversación con esa horrible salsa de condenados? No pongas, pues, el pie en la taberna; no entres poco ni mucho en el café. ¿Sabes que es aquel mal amigo quien con su lenguaje soez te incita y provoca á proferir palabrotas? Abandona el mal amigo,

que no lo es tuyo, sino instrumento del demonio para tu perdición. Si lepra tuviese aquel lugar ó persona, ¿te rozarías con ellos? Pues, ¿qué le-  
ra peor que esa de la blasfemia?

Y luego, y sobre todo, teme á Dios; rézale con frecuencia, así como á su bendita y purísima Madre; piensa en la muerte; atiende al juicio; considera el infierno. Acude al templo á menudo, que allí se alumbra con sus santas influencias el entendimiento, y se alienta el corazón, y se calman las pasiones alborotadas. Para curar tu cuerpo, ¿no adoptas cualquier medicación por enojosa que te sea? ¿Y no adoptarías ésta, tan fácil para curar tu pobre alma?

—Yo le prometo á Ud. por quien soy, que antes me cortarán la lengua que emplearla tan mal como hasta aquí. Pero no se enfadará Ud. si le pongo algunos reparos, que deseo que usted me aclare...

—Di todo lo que quieras, Andrés.

## V

Prosíguen las excusas del carretero.—Dice que tiene muy mal genio, y que al blasfemar no sabe lo que se dice...

**P**ues bien, señor Marqués: yo no quisiera nunca hablar así, pero ¡si tengo tan mal genio!

—No es menester que me lo jures, que ya te lo había yo conocido. Si; muy mal genio debes de tener, porque te aseguro que para blasfemar como tú lo hacías á cada triquitraque y por un quítame allá esas pajas, hace falta un genio de todos los demonios...

Pero, ¿crees tú qué es excusa la de tener tú mal genio para poder lanzar contra todo lo más santo de la tierra y del cielo esas horribles frases que irritan la ira del Señor, que escandalizan á todo el que las oye? ¿Es ese modo racional de habértelas con tu genio?

No, hombre, no; si tienes mal genio, véncete y domínate, que no lo tienes para que él te ciegue y te arrastre por dondequiera como potro desbocado, sino para que tú lo domes á él, lo que es propio, no sólo de cristianos, pero de hombres racionales. ¿Por qué ha de pagar

Dios los desahogos de tu mal genio? ¿Qué culpa tiene Él?

Por lo demás, eso del mal genio, en vez de disminuir agrava tu pecado. Figúrate que] porque tienes mal genio, das una puñalada ó le pegas un tiro á boca de jarro al primer ciudadano que te encuentres por la calle, sin que él te haya provocado, ni te haya mirado á la cara. ¿No mereces que te ahorquen? ¿Ó tendrías valor para decirle al juez que te mandara al palo: «Señor juez, no me condene Ud.; es verdad que cometí el asesinato, pero ¡si tengo tan mal genio!...» Pues ¡aviados estábamos si cada cual pudiera hacer lo que le diera la gana, y luego se excusase con el genio!...

—Tiene Ud. muchísima razón; pero es el caso que cuando me amontono, sea por lo que sea, me pongo tan fuera de mí y tan furioso, que ya ni sé lo que me digo...

—Pues pedazo de... hombre de bien, ahí está tú pecado, en no saber lo que te dices. Claro que si lo supieras, es decir, que si supieras todo lo bárbaro, lo perverso, lo endemoniado del lenguaje blasfemo, no lo emplearías, porque sólo los demonios blasfeman tan adrede y á cosa hecha. Pero ya que te excusas diciendo que no sabes lo que te dices, vamos á cuentas. ¿Te parece

bonito ser hombre y no burro, y hablar, y vomitar imprecaciones infernales, y echar espu-marajos por la boca, y no saber lo que te dices? Pues ¿para qué te dió Dios el entendimiento y la razón, y los ojos, sino para que te distinguieras de los irracionales, y cuando hablaras supieras lo que decías? ¿Qué diferencia, pues, hay entre ti cuando no sabes lo que dices, aunque sí dices lo que sabes, y el loro que habla ó cotorrea sin saber lo que dice, ó el jumento que rebuzna y no sabe lo que rebuzna, ó el león furioso que ruge y hace temblar los árboles de las selvas, y no sabe lo que ruge?

Es decir, que tú mismo, pobre y desgraciado blasfemo, tú vienes á confesar que, cuando hablas así, pierdes el juicio, reniegas de tu ser racional, y te conviertes en una fiera de los campos, que ni sabes lo que te dices, ni lo que haces, y qué, si los animales privados de razón hablasen, hablarían como tú.

Digo mal, no hablarían como tú, ¡oh hombre que blasfemas!, porque jamás se rebelarían de ese modo contra su Criador. Para ser blasfemo, es decir, para convertir contra Dios la lengua que Él nos dió para que le alabáramos, y el corazón que Él nos dió para que le amáramos, preciso es ser peor que los irracio-

nales; hay que unir lo irracional de la fiera con la ingratitud y rebeldía del demonio.

Dispénsame si te hablo tan claro, querido Andrés... No te hablo á ti solo, hablo á todos los blasfemos del mundo. No digas nunca, pues, que al blasfemar no sabes lo que te dices. Lo sabes, sí; lo sabes, ó lo debías de saber, y de cierto lo supiste las primeras veces que la blasfemia salió de tus labios. Si después has contraído esa infernal costumbre, que ha convertido tu boca en respiradero del infierno, la culpa es tuya, y solamente tuya, pues tú eres el responsable de tus malos hábitos. El hombre que se precia de serlo, nunca debe hablar sin saber lo que se dice; nunca, nunca, mucho más cuando se trata de palabras que van disparadas como saetas venenosas contra el cielo. Lo contrario es confesar que se pierde el seso y la razón, y venir á decir de plano que la blasfemia convierte al hombre que la profiere, ó en un demonio que sabe lo que dice y blasfema, ó en un ser irracional que blasfema porque no sabe lo que dice. ¿Cuál de las dos cosas escoges?

— Bien sabe Ud. que yo no escojo ninguna. Ni irracional, ni demonio: quiero ser hombre honrado, y sobre todo buen cristiano, y le vuelvo á prometer á Ud. que he de hacer cuanto de

mi dependa para desarraigar una costumbre tan fea y tan perversa. Primero me arranco la lengua que emplearla tan mal como hasta aquí.

— Harás muy bien, y me confirmarás en la buena idea que tengo de tu inteligencia y de tu corazón. Sólo te ruego que si te queda alguna duda más me la expongas, para que veas claro en esta materia.

— Ninguna, y me doy por vencido con mucho gozo de mi alma.

— Pues para afianzarte más en tus buenos propósitos, voy á acabar de rebatir cuanto digan en su excusa los blasfemos. Porque quiero que, no sólo no lo seas tú, sino que sepas tapar la boca á los que hablan mal.

— Hasta con un bofetón si á Ud. le parece.

— Sería lo más ejecutivo, y ganarías indulgencias. Pero no se trata de eso; se trata de los que se excusan de otro modo diciendo, por ejemplo, que blasfeman de Dios porque todo les sale mal.

## VI

Trata el marqués de la locura de los que blasfeman porque dicen que todo les sale mal.

**N**o los has oído?

— Mil veces, y yo mismo lo he dicho.

— Pues á los que se excusan así, que son muchísimos, les hablo yo de esta suerte. ¡Bonita manera para que todo te salga bien, provocar con palabras blasfemas la ira de Dios, que te oye y no te envía un rayo que te deje seco porque es muy bueno y tú muy bárbaro!

¿Crees que con esas jaculatorias vas á lograr que todo se te enderece y que todo te salga á pedir de boca? ¿Crees que todo depende de Dios? Sí; antes por eso dices que te irritas contra Él, porque no hace las cosas según tus deseos. ¿Y crees que maldiciendo su santo nombre, y tratándolo peor que al lodo de las plazuelas, vas á conseguir que Dios te trate mejor? ¿No comprendes que lo que consigues, amén de cometer un pecado horrendo, es que te castigue más y más?

Si cuando tú niegas pan á tus hijos ellos te ultrajasen con palabras soeces, inmundas ó inju-

riosas, ó te maldijesen del modo más vil é infame, ¿qué harías tú con ellos? ¿Les darías el pan que te pedían con *tan buenas maneras*? Un garrotazo que les rompieras las costillas ó algo más, y si no se lo dabas lo merecías tú por Juan Lanas y mal padre; que lo es, y muy malo, el que no castiga á su hijo si éste se desmanda.

Pues aplícate el cuento. Dices que Dios te trata mal, que no tiene compasión de ti, etc., etc. Sobre eso habría mucho que hablar, y de seguro que te trata á ti, á mí y á todos los hombres mucho mejor de lo que merecemos. Pero, en fin, sea así: Dios te trata mal. ¿Y crees tú que porque blasfemes de Él te va á tratar mejor? ¡Si te irá á cobrar miedo porque con tus baladronadas de blasfemo te atrevas á escupir al cielo! Por vida mía, que tales medios de aplacar la ira divina no son los más apropósito para el caso. Dios te castiga, te trata mal, como tú dices; pues humíllate, pídele piedad y perdón, arrepíentete y confésate de los pecados que te acarrear su justicia sobre ti, ponte en su gracia; es decir, hazte amigo suyo, y ya verás cómo entonces te trata bien, es decir, cómo levanta de sobre ti la vara de su ira, que tienes tan irritada con ese lenguaje infernal, capaz él, aunque más pecados no hubiese en el mundo, de traer dilu-

vio de males diariamente á la tierra. Lo maravilloso no es que Dios te trate mal hablando como hablas; lo incomprendible si no fuese infinita su misericordia, es que te deje hablar y no te dejemudo á ti y á todos los blasfemos como tú, que no conseguís que llueva sobre la tierra fuego del cielo porque hay lenguas que alaban á Dios en el mundo, y porque á Dios no le corre prisa castigar á nadie; porque nadie se le escapa; espera, porque tiene á su disposición una eternidad y un infierno.

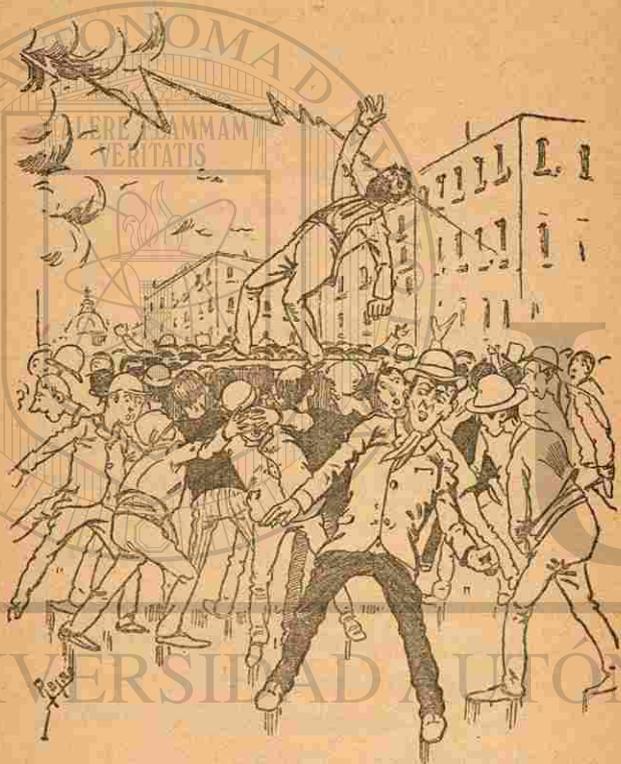
Por eso Dios no tiene prisa, y aguarda á ver si el pecador se convierte. Por lo demás, oye, mi querido Andrés, este caso histórico, y verás por él qué poco le costaría á Dios acabar con esos locos fanfarrones que desafían su poder, más locos que si una hormiga te desafiase á ti con sus injurias y bravatas.

No hace mucho tiempo (á fines de 1860), uno de estos blasfemos que se complacen en manchar con sus sacrílegas lenguas el santo nombre de Dios, cayó muerto instantáneamente en el acto de decir :

— ¡Ni Dios puede conmigo!

Esta misma blasfemia solía repetir un carpintero, á quien por sus continuas bravatas y mala lengua llamaban el Tío Lenguarrón. Era

hombre de muchas fuerzas; pero aún tenía más orgullo que fuerza, y cuando había *cargado de lo tinto* más de lo regular, se le desataba la sin



El blasfemo herido por un rayo.  
hueso de una manera espantosa. Aun cuando en el fondo era un Juan Lanás, contodo, se había picardeado mucho por efecto de las malas com-

pañías. Algunos otros camaradas suyos que pertenecían á sociedades secretas, y que por no trabajar se metían á gobernar el mundo cuando su casa iba harto desgobernada, abusaban de su credulidad é inexperiencia, emparentando con él á título de *primos*.

Juraban y blasfemaban á todas horas, y se burlaban de él cuando le veían que no echaba ternos, bravatas, palabrotas brutales y soeces, continuos insultos y amenazas. Generalmente, tales gentes suelen ser harto cobardes. Si son tres contra uno, aún suelen atreverse los tales *bocones*; si van cargados de armas contra uno desarmado, ó que conocen que es un pobre *mandria*, aún suelen hacer con él alguna *valentía*; pero mano á mano y frente á frente, eso no. *Perro ladrador, poco mordedor*.

Ello es que el amigo Lenguarrón, que tenía el talento en las muñecas y muy poco en la mollera, se hizo tan maldiciente y berreador como los pilletes con quienes se acompañaba.

Una tarde que estaba algo amoscado, soltó su acostumbrada blasfemia: *¡Ni Dios puede conmigo!* En el acto sintió una picadura de mosquito en la cara: sacudióse una guantada con toda su alma, pero el insectillo siguió zumbando. Su mujer, que estaba en el taller, se

echó á reir; esto excitó la cólera del maldiciente, y ya iba á soltar otra palabrota de las gordas y sucias, cuando sintió otra picadura en la otra mejilla. ¡Zas! segundo bofetón. Cero y van dos. El músico seguía tocando el violín:

hy, hy, hy, hy,  
di si te pico aquí;

hy, hy, hy, hy,  
ó si te pico allí.

Supongo que conoces esta armoniosa música, con que suelen los cínifes darnos alegres serenatas en las noches de verano, sin que nadie les pague y sin exigir propina.

La mujer, que había visto la *cara de vinagre* que había puesto su marido á la primera bofetada, no se atrevió á reirse á la segunda, y eso que le retozaba la risa en el cuerpo sin poderlo remediar.

Apenas habían pasado cinco minutos, cuando el musiquín llega muy quedito y le da otro picotazo en la punta de la nariz; iba á sacudirse el tercer bofetón con toda su alma, pero se pudo contener á tiempo y para bien de sus narices. Mas aquí fué Troya: la mujer no pudo contener la risa. Lenguarrón necesitaba vengarse, y descargó sobre su mujer todo el peso

de su cólera y de sus puños. La pobre mujer convirtió la risa en llanto.

La cena fué triste, muy triste: la mujer no hablaba, y el carpintero, aunque conocía que había obrado mal, no quería confesarlo; en su interior estaba arrepentido, pero un orgullo necio le impedía reconciliarse con su mujer. Acóstose de mal humor y principió á dar vueltas en la cama, y al mismo tiempo sintió escorzor en la cara: echó allí la mano, y volvió á sonar la música

hy, hy, hy, hy.

¡Malditos sean los mosquitos, y el verano que los cría! ¡esto me faltaba!

Despertó á la mujer, y echáronse á buscar el mosquito; pero éste, ú otro de su raza, seguía zumbando por toda la alcoba, con harta rabia del carpintero. Vuelta á acostarse, vuelta á las picaduras, á las manotadas y bofetones, blasfemias, volteretas en la cama; y mientras Lenguarrón, sin poder pegar los ojos, tocaba la guitarra en su cara rascándose las picaduras, el músico de alcoba continuaba tocando su violín y el sempiterno y monótono

di si te pico aquí...

Para mayor rabia, la mujer roncaba como un bajón, mientras que el blasfemo, así que parecía ir á coger el sueño, sentía la picadura del insecto en la nariz, en las orejas, en la frente, en las manos y en el pecho. Ardía de rabia, tenía calentura. Parecíale un insulto que su mujer durmiera mientras él velaba; al cabo la hizo despertar.

—Tú roncas mientras yo no puedo pegar los ojos.

—Lo extraño mucho,—dijo la mujer con aspeza, viéndose despertada por segunda vez.—*¡Ni Dios puede contigo,* y ahora salimos con que no puedes con un mosquito!

—¿Y qué tiene que ver eso para que yo no duerma?

—Tiene mucho, porque te las apuestas con Dios, y Dios se burla de ti por medio de una cosa tan pequeña é insignificante. Yo recé mis oraciones antes de acostarme, y Dios me ha dado la calma y el reposo, mientras que te lo niega á ti, que te acostaste insultándole. Pero estás ardiendo y sofocado: pide perdón á Dios y reza siquiera un Ave María á la Virgen.

Lenguarrón se quedó pensativo; como los camaradas *devotos* no estaban por allí para burlarse de él si le veían rezar, se puso de ro-

dillas, hizo una corta oración, calmóse un poco, y, lograda aquella breve calma, volvió á la cama y consiguió coger el sueño.



El blasfemo y el mosquito.

Desde entonces no ha vuelto á soltar esa horrible blasfemia. Cuando la mujer le ve impa-

ciente y á punto de soltar alguna mala expresión, le dice por lo bajo: *Acuérdate del mosquito.*

## VII

Diserta elocuentemente el marqués sobre los blasfemos de chaqueta y los blasfemos de levita, y á unos y á otros les da su merecido.

**L**A última conferencia que sobre esta materia tuvieron el Marqués y el carretero fué jugosísima por extremo, y de su relato y substancia no podemos privar al lector curioso.

— Muy buenas noches, señor Marqués: aquí me tiene Ud. con ansia de oír sus palabras. No sé qué virtud tienen, que poco á poco van haciendo que mi corazón dé un vuelco tal que ya apenas me conozco. Hoy desearía francamente que no la echara Ud. también por la tremenda, y no me metiese Ud. de hoz y de coz más en los quintos infiernos, porque eso de la blasfemia me va causando tal horror que ni oír hablar de ella quisiera. ¡Yo escupir más horrores y desvergüenzas contra un Dios tan misericordioso y tan bueno! No, y mil veces no, y antes venga un rayo... Perdóneme el Señor, que yo no sabía lo que decía

— Eso les pasa á muchos, mi buen Andrés; pero la ignorancia en quien tiene uso de razón no puede en esta materia ser tal que quite el pecado, porque ni se puede ignorar que existe Dios, ni que la soez y maldita blasfemia lo injurie. Pero déjame que para instruirte mejor aún, y para que tú lo puedas hacer luego con tus amigos y compañeros, deja que te haga todavía algunas observaciones muy importantes, que nunca debes de olvidar, y que te deben hacer odiar más aún ese pecado estúpido, al mismo tiempo que horrible, que no es de hombres, sino de condenados; porque si cada individuo habla la lengua de su país, el que habla la lengua del infierno, que es la blasfemia, indica que aquella es su tierra, y que allí va ó irá á parar si no se confiesa y se convierte.

— Así es; sólo que no entiendo por qué dice usted que ese pecado es estúpido y horrible á la par. Si es estúpido, ¿cómo es pecado? ¿Los tontos tienen poder para pecar?

— Me place la observación, y á ella voy á responder ya que veo que, á falta de instrucción, que espero iras adquiriendo poco á poco, tienes una gran dosis de sentido común, y más aún de buena voluntad. Escucha, pues.

— Soy todo oídos, pero no se remonte usted

por las nubes, que soy carretero y no sé leer si las letras no son muy gordas...

—Es muy sencillo.

De todos los vicios, crímenes y pecados que deshonran nuestra sociedad, la blasfemia es lo más grosero, lo más irracional y el colmo de la imbecilidad. Lo vas á ver con ejemplos

Comprendo perfectamente que Miguel mate á Juan por venganza; aquellos que viven entregados al goce de las pasiones, dicen que no hay nada más sabroso que la venganza.

Concibo, ¡vaya si lo concibo!, que dos, cuatro, veinte hombres desvalijen un tren expreso y roben el dinero, alhajas y maletines de los señores viajeros, sin importarles un bledo la bandera que les cobije; en definitiva: los ladrones, que no suelen ser cogidos, hacen lo que se llama un buen negocio, y lo pasan menos mal los pobrecitos. El ladrón siempre busca su interés.

Sé que hay asesinos de profesión que gozan bañándose en la caliente sangre de sus víctimas, supuesto que *la ciencia* nos ha probado que existen lujurias de sangre, como existe la viruela negra y la bronquitis. La fiera, y hay hombres que lo son, se gozan en la sangre.

Nada extraño tiene tropezar con borrachos

más alegres que cascabeles, con incendiarios apasionados por las grandes luminarias, y con hipocondríacos ó envidiosos que recetan jicara-zo de nicotina, ó media libra de cianógeno, ó un caldo preparado con cicuta, que son tres *filántropos* abastecedores de cementerio muy cucos.

Todo esto se explica y cabe perfectamente en el caletre humano, y otras cosas peores aún, porque el placer explica todos los pecados capitales, y el mundo, el demonio, y sobre todo la carne, no serían enemigos nuestros si no fuese porque nos sirven más ó menos para el placer.

Pero ¡la blasfemia! ¿Qué goce proporciona, qué peseta gana, qué pasión satisface? En un siglo en que todo se hace por dinero, dedicarse tantos y en tan grande escala á un delito que no proporciona ni una moneda de dos cuartos, parece increíble. No lo comprendo, y cuidado, querido Andrés, que los blasfemos hormiguan como gusanos sin número de inmenso muladar. Hombres, mujeres, niños, ancianos con blusa, con frac, peones, artistas, nobles, plebeyos, vomitan horribles frases que indican un refinamiento de imbecilidad tan crudo que hasta parece inverosímil salgan de una criatura humana dotada de razón.

—Ahora comprendo bien lo que me quería

004323

usted decir antes. Cierto que si todos los pecados producen algo, éste no da de sí más que condenación á secas. Tiene Ud. mucha razón...

—Me decía un amigo, apreciable persona, con la inefable sonrisa de la santa gratitud:

—«Grite Ud. un poco más, que mi pasada enfermedad me dejó sordo.

—¿Y lo dice Ud. así, tan contento?

—Y mucho; ahora no oigo blasfemar.»

¡Qué elocuente, qué gráfica contestación!

Se blasfema por calles y paseos, en centros democráticos, en círculos de alto tono, en vagones de tercera y en coches de primera; blasfema el iracundo, el linfático, el nervioso, hablando de pesares y placeres, saludándose dos compinches, refiriendo una escena cualquiera, explicando el asunto más trivial; de modo que lo que se respira es una atmósfera de blasfemias que escandalizan al infeliz que vive sujeto al yugo de las necesidades de la vida, sin poder aislarse entre los pinares del bosque, que, menos civilizados é irracionales del todo, publican con sus perfumes, con sus flores y frutos la omnipotencia de Dios y su bondad.

Si la blasfemia no produce dinero, ni desahogos, ni comodidades de ninguna especie, ¿por qué se blasfema tanto? Este fenómeno, que

tal es, debo explicártelo con entera franqueza para que llegue á noticia de todos; y como á mí no me duelen prendas y acostumbro decir las cosas por su verdadero nombre, sepan bien ó sepan mal, colocándome en el punto más culminante del globo, y con voz de sochantre para que me oigan los blasfemos en masa, diré:

La blasfemia es hija legítima, consecuencia necesaria, fruto indispensable de la malicia más supina y brutal. Con esta vara mido á todos los blasfemos, presentes y ausentes: á todos los llamo ignorantes y brutales. A los blasfemos de levita y de chaqueta, al que blasfema en la cátedra y al que blasfema en medio del arroyo. No hay más diferencia sino que para mí es más criminal y culpable el blasfemo de levita que el de blusa, porque á éste le puede servir de alguna, muy poca excusa, su ignorancia, y al otro no.

Pasemos revista de clasificación á los blasfemos, que si se la pasáramos de limpieza no tendríamos bastante con las aguas del mar.

Blasfemos hay por costumbre: éstos pertenecen á la noble categoría de las máquinas; para ellos los tres dedos de frente no significan otra cosa más que una tira de pellejo con más ó menos vello, menos ó más agarrada, que cubre un simple puchero.

— Es decir, que son tontos...

— Di bárbaros mejor, muy bárbaros; pero con una barbarie que no excusa un pecado que es inexcusable.

— Hay blasfemos por necesidad: son aquellos cortos de meollo, á quienes en sus tísicas conversaciones suelen faltar frases y palabras, y, ¿qué hacen? Llenan sus vacíos con una caracolada blasfemia que á la boca les viene, y... su necesidad queda satisfecha. Son necios y bárbaros á la par.

Se nos presentan otros que despotrican para echarla de valentones, como quien dice: ¡aquí estoy yo! Para esa raza pestilente lo mejor es taparse las narices, porque huelen, y no á jazmín. Quieren meter miedo á Dios. ¡Valientes hipopótamos, que es el animal más grande que se conoce!

Vienen los blasfemos voluntarios, los que á sabiendas se complacen en escandalizar; éstos son los máximos propagandistas de la infame cizaña, los que, reconociendo su impotencia, alardean de un orgullo satánico para no doblegarse á la razón, que los llama pigmeos y ridículos.

Para unos y otros brotó de la sabiduría de los tiempos y edades aquella sentencia que

dice: « Quien al cielo escupe, de baba se llena. »

Para los primeros se grabaron en la memoria de los pueblos, de generación en generación, aquellas divinas palabras: « Padre, perdónalos, porque no saben lo que se dicen. »

### VIII

Ultimo discurso del señor marqués de la Caridad, y conclusión de este diálogo.

**D**E todas las ofensas de Dios fué el marqués de la Caridad enemigo jurado, porque era católico de convicción y á machamartillo, y no católico vividor, falsificado y de conveniencia, como hay tantos. Pero, ¡ vamos!, eso de la blasfemia le sacaba de quicio, y lo ponía nervioso y lo irritaba de tal manera, que decía que sólo hubiera deseado ser Rey para imitar á San Luis de Francia, que mandó que á los blasfemos les herrasen los labios con un hierro candente.

— ¡ Qué autoridades católicas, — decía á cada paso el bueno del Marqués, — son éstas que permiten que así, públicamente y en todas partes y á todas horas, se ultraje del modo más soez, grosero y repugnante el santo nombre de Dios!

— Es decir, que son tontos...

— Di bárbaros mejor, muy bárbaros; pero con una barbarie que no excusa un pecado que es inexcusable.

— Hay blasfemos por necesidad: son aquellos cortos de meollo, á quienes en sus tísicas conversaciones suelen faltar frases y palabras, y, ¿qué hacen? Llenan sus vacíos con una caracoleada blasfemia que á la boca les viene, y... su necesidad queda satisfecha. Son necios y bárbaros á la par.

Se nos presentan otros que despotrican para echarla de valentones, como quien dice: ¡aquí estoy yo! Para esa raza pestilente lo mejor es taparse las narices, porque huelen, y no á jazmín. Quieren meter miedo á Dios. ¡Valientes hipopótamos, que es el animal más grande que se conoce!

Vienen los blasfemos voluntarios, los que á sabiendas se complacen en escandalizar; éstos son los máximos propagandistas de la infame cizaña, los que, reconociendo su impotencia, alardean de un orgullo satánico para no doblegarse á la razón, que los llama pigmeos y ridículos.

Para unos y otros brotó de la sabiduría de los tiempos y edades aquella sentencia que

dice: « Quien al cielo escupe, de baba se llena. »

Para los primeros se grabaron en la memoria de los pueblos, de generación en generación, aquellas divinas palabras: « Padre, perdónalos, porque no saben lo que se dicen. »

### VIII

Ultimo discurso del señor marqués de la Caridad, y conclusión de este diálogo.

**D**E todas las ofensas de Dios fué el marqués de la Caridad enemigo jurado, porque era católico de convicción y á machamartillo, y no católico vividor, falsificado y de conveniencia, como hay tantos. Pero, ¡ vamos!, eso de la blasfemia le sacaba de quicio, y lo ponía nervioso y lo irritaba de tal manera, que decía que sólo hubiera deseado ser Rey para imitar á San Luis de Francia, que mandó que á los blasfemos les herrasen los labios con un hierro candente.

— ¡ Qué autoridades católicas, — decía á cada paso el bueno del Marqués, — son éstas que permiten que así, públicamente y en todas partes y á todas horas, se ultraje del modo más soez, grosero y repugnante el santo nombre de Dios!

¡Qué autoridades son ésas que exigen respeto para sí, y dejan profanar públicamente el nombre de Dios, origen de toda autoridad! Vamos, si están locos nuestros gobernantes, ó, lo que es peor aún, si parece que están dejados de la mano de Dios, y entregados en cuerpo y alma al mismísimo demonio. ¡Mucho cuidado con la limpieza material, con la basura de las calles, y no hay policía, ni vigilancia, ni nada contra esa inmundicia moral de la blasfemia, que hace de España uno de los pueblos más salvajes de la tierra! Así anda también la autoridad y el orden, y todo... por el cieno y más abajo.

¡Jesús, y quién lo había de decir! Esta tierra de bendición santificada por las plantas de María; la tierra de la fe, regada por la sangre de los mártires; la España católica por excelencia, hecha un foco de corrupción, apestada por una atmósfera de inmundas y desvengonzadas blasfemias, que no se oyen ni en los países de moros ni de protestantes!

¿Quiénes son los culpables? Todos, todos, todos. Y más que nadie los que nos llamamos buenos, por nuestra cobardía y complicidad, y porque nos contentamos con santiguarnos, á lo más, cuando oímos esas repugnantes conversaciones entre la chusma de las calles y la chusma

de los salones; esos torpes é impíos diálogos en los que una palabra sí y otra no es un taco inmundado, una torpe burrada, y muchas veces una salvaje blasfemia, como no le oyen ni los bosques de los indios.

Si después de santiguarnos *santiguásemos* al deslenguado que así insulta á nuestro Dios y á nuestra fe, y falta á todos los respetos y conveniencias que nos impone la sociedad, la cultura y la educación, se podría siquiera andar por las calles, mientras que ahora, ¡vamos! no son calles, sino lodazales..., porque no hay autoridad que se atreva á barrer tanta suciedad, ni á castigar ese crimen público.

—¡Pobre, pobre, pobre España!— exclamaba tristemente el Marqués.— Así llueven sobre ti calamidades, y eres el baldón y el desprecio del mundo, y no cae sobre ti fuego del cielo como merecías, porque Dios te quiere mucho, y la Santísima Virgen extiende sobre ti su manto para defenderte de los rayos de la justicia, que continuamente provocan con sus infinitas blasfemias las lenguas de muchos españoles que debían haber nacido en la Cafrería mejor que en esta nación santificada por la Virgen del Pilar.

Y así continuó mucho más su último discurso el señor Marqués, con tal vehemencia y

energía, que el pobre Andrés no se atrevió á interrumpir ni una vez siquiera, y tan nervioso é irritado que nos fué imposible continuar más copiando sus palabras.

¿Cuál fué el resultado de todo esto? Que Andrés continuó yendo á casa de *su amigo*. Que éste lo instruyó perfectamente en todo lo necesario para que saliese un honrado menestral y un excelente cristiano; que al poco tiempo lo llevó á un patronato de obreros fundado por el Marqués, en donde, merced á su constancia y aplicación, adquirió en las clases nocturnas conocimientos no comunes en su clase, y que, satisfechísimo el cristiano caballero de la honradez, laboriosidad é inteligencia de su discípulo, lo puso al frente de una rica posesión que el Marqués tenía en la Mancha, en la que dejaremos á Andrés feliz y contento con su mujer y sus hijos, empleando en alabar á Dios y al marqués de la Caridad la lengua aquella que antes le había servido para la desesperación y la blasfemia.



## ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
I.—De cómo un marqués muy católico increpa públicamente á un carretero muy blasfemo porque éste echaba por la boca sapos y culebras.....	3
II.—Hácense amigos el carretero y el marqués, y lo demás que verá el que leyere.	10
III.—Primera perorata del marqués de la Caridad en contra de la blasfemia. El pobre carretero no sabe dónde meterse.....	14
IV.—Excúsase el carretero como puede diciendo, entre otras cosas, que blasfema, pero que lo hace por costumbre.....	28
V.—Prosiguen las excusas del carretero. — Dice que tiene muy mal genio, y que al blasfemar no sabe lo que se dice.....	38
VI.—Trata el marqués de la locura de los que blasfeman porque dicen que todo les sale mal.....	43
VII.—Diserta elocuentemente el marqués sobre los blasfemos de chaqueta y los blasfemos de levita, y á unos y á otros les da su merecido.....	52
VIII.—Ultimo discurso del señor marqués de la Caridad, y conclusión de este diálogo...	59

energía, que el pobre Andrés no se atrevió á interrumpir ni una vez siquiera, y tan nervioso é irritado que nos fué imposible continuar más copiando sus palabras.

¿Cuál fué el resultado de todo esto? Que Andrés continuó yendo á casa de *su amigo*. Que éste lo instruyó perfectamente en todo lo necesario para que saliese un honrado menestral y un excelente cristiano; que al poco tiempo lo llevó á un patronato de obreros fundado por el Marqués, en donde, merced á su constancia y aplicación, adquirió en las clases nocturnas conocimientos no comunes en su clase, y que, satisfechísimo el cristiano caballero de la honradez, laboriosidad é inteligencia de su discípulo, lo puso al frente de una rica posesión que el Marqués tenía en la Mancha, en la que dejaremos á Andrés feliz y contento con su mujer y sus hijos, empleando en alabar á Dios y al marqués de la Caridad la lengua aquella que antes le había servido para la desesperación y la blasfemia.



## ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
I.—De cómo un marqués muy católico increpa públicamente á un carretero muy blasfemo porque éste echaba por la boca sapos y culebras.....	3
II.—Hácense amigos el carretero y el marqués, y lo demás que verá el que leyere.	10
III.—Primera perorata del marqués de la Caridad en contra de la blasfemia. El pobre carretero no sabe dónde meterse.....	14
IV.—Excúsase el carretero como puede diciendo, entre otras cosas, que blasfema, pero que lo hace por costumbre.....	28
V.—Prosiguen las excusas del carretero. — Dice que tiene muy mal genio, y que al blasfemar no sabe lo que se dice.....	38
VI.—Trata el marqués de la locura de los que blasfeman porque dicen que todo les sale mal.....	43
VII.—Diserta elocuentemente el marqués sobre los blasfemos de chaqueta y los blasfemos de levita, y á unos y á otros les da su merecido.....	52
VIII.—Ultimo discurso del señor marqués de la Caridad, y conclusión de este diálogo...	59



## APOSTOLADO DE LA PRENSA

El objeto de esta publicación es el de propagar, entre las clases obreras sobre todo, buenas lecturas, encaminadas principalmente á contrarrestar la propaganda incesante de la prensa impía.

La Junta de Gobierno escogerá, después de maduro examen, los impresos que se han de divulgar, acomodados siempre por su solidez, sencillez y gracia á las necesidades morales y gusto del pueblo, y pondrá sumo empeño en elegir personas que discreta y útilmente los repartan, de modo que sean leídos y dé su lectura el deseado fruto. Aquellas personas que, ó por su vocación, ó por su celo, están en contacto con los pobres é ignorantes, merecerán para este oficio la preferencia.

### VAN PUBLICADOS

- EL PORQUÉ DE LA RELIGION.—(3.<sup>a</sup> ed.)  
MAS SOBRE LA RELIGION.—(3.<sup>a</sup> ed.)  
SI ES VERDAD QUE EXISTE DIOS.—(2.<sup>a</sup> ed.)  
¿QUE ES ESO DE LA CONFESION?—(2.<sup>a</sup> ed.)  
BURGUESES Y PROLETARIOS.—(2.<sup>a</sup> ed.)  
PAN Y CATECISMO.—(2.<sup>o</sup> ed.)  
EL TERCERO, SANTIFICAR LAS FIESTAS.  
¿QUIEN HA VUELTO DEL OTRO MUNDO?  
¿PARÁ QUE SIRVEN LOS CURAS?  
CATOLICOS Y MASONES.  
GUERRA A LA BLASFEMIA.  
CREO EN JESUCRISTO.

Cada obra forma un tomo en 8.<sup>o</sup> mayor de 64 páginas, ilustrado con grabados.

Para los pedidos y suscripciones de esta obra de propaganda, dirigirse á la Librería Religiosa de Guillermo Herrero y Compañía, San José el Real, núm. 3, Méjico.